

—Y yo tengo un dolor de muelas horroroso — intervino Tweedledee, que había oído la observación de su compañero —. Me encuentro bastante peor que tú.

—Pueden dejar la pelea para otro día — propuso Alicia con la idea de que era aquélla una oportunidad de hacer algo en favor de la paz.

—Debemos pelear un poco, aunque no me preocupa que sea por mucho tiempo — dijo Tweedledum —. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media — contestó Tweedledee consultando el reloj.

—Peleemos hasta las seis, y luego cenemos — fué la contestación de Tweedledum.

—Muy bien — asintió el otro conforme, pero algo triste —. Ella puede vigilarnos... Únicamente — agregó dirigiéndose a Alicia — no te aproximes mucho. Por lo general, cuando me excito le pego a todo lo que veo.

—Y yo le pego a todo lo que se me pone por delante, que lo vea o no — agregó Tweedledum.

—Según eso — dijo Alicia riéndose — debéis golpear los árboles muy a menudo.

—Es más que probable que no quede ni uno en pie por estos contornos cuando hayamos terminado la batalla — afirmó Tweedledum, y miró a su alrededor con una sonrisa de satisfacción.

—¡Y todo por un sonajero! — recalcó Alicia, aún con la esperanza de avergonzarlos un poquito, por pelearse por tal bagatela.

—Ni se me hubiese ocurrido — dijo Tweedledum — de haberse tratado de uno viejo.

—¡Cómo me gustaría que apareciera el monstruoso cuervo! — pensó Alicia.

—Sólo tenemos una espada — díjole Tweedledum a su hermano —, pero puedes pelear con el paraguas; es



bastante puntiagudo. Lo que debes hacer es prepararte cuanto antes. Se está poniendo muy oscuro.

—¡Muy oscuro! — asintió Tweedledee.

En efecto, oscureció tan de pronto que Alicia pensaba que se avecinaba una tormenta.

—¡Qué tremenda nube negra! — exclamó —. ¡Y cómo corre! ¡Juraría que tiene alas!

—¡Es el cuervo! — chilló Tweedledum alarmado, y